

SIXTO GARCIA
REFLEXIÓN DEL EVANGELIO:
DOMINGO IV PASCUA, CICLO C: JUAN 10: 27-30

TEXTO

(Jesús dijo) “Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno.”

CONTEXTO

1) El texto de 10: 22 nos da el contexto litúrgico y teológico de esta narrativa: “Se celebraba por entonces la fiesta de la Dedicación.”

2) La Fiesta de la Dedicación (“Hannukah,” “Fiesta de las Luces”) conmemoraba la purificación del Templo de Jerusalén, celebrada por Judas Macabeo en diciembre del 164 A.C. (algunos lo fechan en el 165) profanado por el rey sirio Antíoco IV Epífanés, en el año 161 A.C. Antíoco respondía a la visión de una minoría de judíos de Jerusalén, principalmente escribas y sacerdotes, ansiosos de “helenizar” a Israel - es decir, de imponer la cultura y el idioma griego al Pueblo de Dios – El rey sirio saqueó el Templo y, en 168 A.C., impuso la estatua de Zeus en el santuario (“la abominación de la desolación” “to bdelygma tes eremoseos”) – cf. Daniel 9: 27; Mateo 25: 15; Marcos 13: 14) – La mayoría de los judíos rehusaron aceptar el intento de helenizar el país, y reaccionaron contra las depredaciones y profanaciones de Antíoco: el resultado fue la Guerra de los Macabeos (160-167), que resultó en la inauguración del último – y breve - período de independencia de Israel, que terminó con la entrada del general romano Pompeyo en Jerusalén, en el 63 A.C., anexando el territorio a la República Romana.

3) Este contexto es importante: Hannukah tenía vínculos litúrgicos y teológicos con la Fiesta del Succot (“Los Tabernáculos, Chozas, o Tiendas”) Levítico 23: 33-43, Números 29: 12-30; Pascua: Levítico 23: 5-8; Números 28: 16-25.

4) Las Chozas era conocida como la “Fiesta del Señor” (Levítico 23: 29; Jueces 21: 19) o sencillamente “la fiesta” (1 Reyes 8: 2, 65; 2 Crónicas 7: 8; Nehemías 8: 14; Isaías 30: 29; Ezequiel 45: 23). El historiador judeo-romano Flavio

Josefo (37 D.C.-100 D.C.) la describe como “especialmente sagrada e importante para los hebreos” (“Antigüedades de los Judíos,” 8: 101).

5) La Fiesta de las Chozas celebraba tanto la historia del Éxodo, y el amor de Dios que cuidó se su pueblo durante su peregrinación por el desierto, como el momento escatológico, los tiempos mesiánicos, marcados por el cumplimiento de esperanzas y anhelos, y por la llegada final del Ungido, del Enviado por el Señor – Tenía un sentido marcadamente escatológico.

6) De igual modo, en la Fiesta de la Dedicación, los judíos se enorgullecían en su Templo reconstruido, evidencia física de su identidad como Pueblo que le pertenecía al Señor – el Templo tenía una cierta marca de permanencia – constituía igualmente un signo escatológico de la presencia de Dios entre su Pueblo escogido, guiándolo y protegiéndolo.

7) Las palabras iniciales de Jesús: “Mis ovejas escuchan (“akousousin”) mi voz; yo las conozco y ellas me siguen (“akolouthousin”). Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás (“ou me apolontai eis ton aionan”), y nadie las arrebatará de mi mano” conjuran la definición del fiel creyente: El creyente “escucha” (Juan 1: 41; 3: 8, 29; 4: 42; 5: 24, 28; 6: 45; 8: 38, 43; 10: 3, 16), tiene “vida eterna” (Juan 3: 15, 16, 36; 4: 14, 36; 5: 24, 39; 6: 27, 40, 47, 54, 68), “sigue” a Jesús (Juan 1: 37, 44; 8: 12; 10: 4,-5), y “no perecerá jamás” (Juan 3: 16; 6: 12, 27, 39; 10: 10)

8) En la fiesta en la cual Israel celebraba la presencia de Dios entre su pueblo, Jesús les dice que hay otra, y más definitiva (¡escatológica!) forma en la cual Dios está presente entre ellos – Jesús insiste en que la fe en su palabra vincula al creyente no solamente a su persona, sino al Dios Padre de Jesús.

9) Encontramos aquí ecos de las palabras de Jesús en el “discurso eucarístico joánico” – La primacía del Padre y la promesa de que los suyos no perecerán tienen su antecedente en Juan 6: 36-40: “Los que el Padre me ha confiado vendrán a mí, y el que venga a mí no lo echaré fuera; porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió, que no pierda a ninguno de los que me confió, sino que los resucite en el último día. Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que contempla al Hijo y crea en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Juan 6: 36-40)

10) Los temas se agolpan: el discípulo de Jesús está vinculado al Padre, que está por encima de todo – Jesús viene a hacer la voluntad del Padre, y ésta consiste en convocar el nuevo Israel, la comunidad de fe cuyo “Templo” es Jesús – las

imágenes le dan sentido a las palabras de Jesús en el texto de hoy: La presencia del Hijo supera la anamnesis de la presencia de Dios en el Templo reconstruido – las “ovejas” no podrán ser arrebatadas de la mano de Jesús porque la vida que los creyentes en Él reciben es un don del Padre.

11) Todo esto llega a su plenitud con las palabras de intimidad: “Yo y el Padre somos uno” – Esto no es, como ha señalado Francis Moloney (y otros: Rudolf Schnackenburg, Raymond Brown) una afirmación metafísica, o de intención explícitamente trinitaria (la “consustancialidad” entre el Padre y el Hijo, concepto desarrollado e incluido en el Credo de Nicea, en 325 D.C.), sino una aseveración de la unidad de voluntad (cf. Juan 6: 36-40, arriba citado) entre el Padre y el Hijo – El contexto de estas palabras de Jesús en la Fiesta de la Dedicación indica más aún que la unión entre Dios y el Templo reconstruido, que había sido vista como la presencia de Dios entre su Pueblo, se ha perfeccionado, se ha “pleromizado” en Jesús, el Hijo de Dios.

12) PERO, aunque la intención del evangelista no es postular directamente la “consustanciación” entre el Padre y el Hijo, es bueno citar las palabras de Rudolf Schnackenburg, el reconocido exégeta y especialista joánico, que sostiene que hay un atisbo de “las profundidades metafísicas que existen en la relación entre Jesús y el Padre” – En dos palabras, aquí se aplica el principio del filósofo alemán Hans-Georg Gadamer (1900-2002): “La intención del autor de un texto no agota el significado último del texto” – La intención del autor del texto “Yo y el Padre somos uno” no era postular la relación consustancial entre Jesús y su Padre; pero es legítimo discernir, más allá de la intención del autor, en la realidad y significado más profunda que el texto contiene, las entrañas del Misterio de amor que unen al Padre y al Hijo!

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

1) “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14: 6)

2) “Credere in Deum (est) credendo amare, credendo diligere” (“Creer en Dios es creer amando, creer con plenitud de amor”) – San Agustín, Comentario al Evangelio de Juan” 33, 6 – Las palabras de Jesús, arriba citadas, son un eco fiel de “Yo y el Padre somos uno” – Jesús es el reflejo vivo de la cara del Padre – El que lo ve a Él, ve cómo el Padre ha revelado y prodigado su justicia y compasión entre nosotros – La cita de San Agustín resalta y acentúa la intimidad entre los discípulos, las “ovejas,” que oyen la voz de Jesús, como un discipulado definido

por el amor radical que no las dejará de la mano, que todo lo que es de Jesús está recogido entre los brazos del Padre.

“ 3) Los temas de “escuchar” (“akouo”) y “seguir” (“akoulouthéo”) se vinculan irresistiblemente con la idea de “pertenecer” a Jesús, que no permitirá que ninguno de aquellos que lo siguen perezcan, ¡porque la mano de Jesús es el don del Padre, que está por arriba de todos! – Así como los judíos derivaban su paz y alegría de la convicción de que, en el Templo reconstruido, celebrado en la Fiesta de la Dedicación, el Dios de sus padres estaba presente, así el cristiano fundamenta, en medio de las tribulaciones de este mundo, su esperanza y alegría en saber que pertenece a Jesús, el Hijo de Dios, que le revela el don y la faz íntima del Padre!

4) Jesús, cuya vida se define como intimidad personal y esencial con el Padre, nos invita a escucharlo y seguirlo - ¿Dónde, cómo lo escuchamos? La voz de Jesús resuena privilegiadamente en aquellos a quienes Él amó preferencialmente: los pobres, humillados, descartados, los injustamente encarcelados - ¡los que viven en las periferias!

5) ¡Sólo en las periferias podemos escuchar y seguir a Jesús en compromiso riesgoso y vulnerable, sólo en las periferias podemos identificar el don del Padre, sólo en las periferias podemos discernir que, en verdad, Jesús y el Padre son uno!